

LECCIÓN 07: ADOREN AL CREADOR

El último elemento que encontramos en el mensaje del primer ángel es el imperativo “adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:7). ¿Por qué se nos insta a adorad a Dios? El pasaje en cuestión nos muestra la razón: ¡Él es el Creador de este mundo! Por lo tanto, “adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor” (Salmo 95:6) porque “él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos” (Salmo 100:3). La Biblia, el sentido común e incluso la ciencia misma nos indican que la vida en nuestro planeta no es el resultado de procesos evolutivos basados en el origen común, el gradualismo y la selección natural, sino más bien de un diseño inteligente y supremo. ¿Te suena lógico pensar que algo tan complejo como tu cerebro sea el resultado del azar?

Es interesante notar que mientras Dios viralizaba en el mundo “los mensajes del primero y del segundo ángeles... en 1843 y 1844” (*2 Mensajes selectos*, 120), Satanás no se quedó de brazos cruzados, y en 1859 a través del libro “El Origen de las Especies” de Charles Darwin, intento neutralizar el llamado del primer ángel: “Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar” (Apocalipsis 14:7) mediante el poder creativo de su Palabra.

¿Poder creativo? ¿Tiene en realidad la Palabra de Dios la facultad de crear ex nihilo? Las Escrituras nos muestran que Dios no necesita añadir obras a su Palabra, puesto que su Palabra lleva consigo la obra misma. Notemos el siguiente pasaje que confirma esa poderosa verdad: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca... Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Salmo 33:6 y 9). La palabra audible de Dios constituyó la única fuente de energía que dio origen a toda la materia que hay en el universo: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios” (Hebreos 11:3). Las galaxias, los sistemas planetarios y las diferentes formas de vida fueron creadas por el poder de la Palabra. El apóstol Pablo nos dice que “la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos” (Hebreos 4:12). El adjetivo “eficaz” usado en el texto original, viene del vocablo griego “energes”, el cual también podría ser traducido como “poder” o “energía”. Esto significa que toda Palabra que sale de la boca de Dios es poderosa y está revestida de una energía capaz de llamar a la existencia la materia misma. En su Palabra hay vida y poder creador para hacer todo lo que la Palabra dice. Esto no ocurre con las palabras que el hombre pronuncia, ya que este debe de obrar para que su palabra se cumpla, pues no hay poder intrínseco en ella.

Pero Dios no solamente es digno de ser adorado porque su Palabra tiene poder para crear; sino también él es digno de recibir toda pleitesía, porque esa misma Palabra tiene la facultad de hacernos una “nueva criatura” (2 Corintios 5:17) y redimirnos completamente del poder del pecado. La Palabra que dio forma a nuestro planeta cuando “la tierra estaba desordenada y vacía” (Génesis 1:1) es la misma que puede

renovarte y llenarte de su amor a través de la justicia de Cristo. Esto significa que Dios, al justificarte, no solamente te *declara* justo, sino que también te *hace* justo. Te pregunto: si la justificación solamente es un pronunciamiento legal, ¿cómo podría Dios afirmar que somos justos cuando en realidad no lo somos? Prácticamente estaríamos convirtiendo a Dios en un mentiroso por decir algo que no es verdad. Sin embargo, “Dios no es hombre, para que mienta” (Números 23:19). Así, la justificación del pecador no puede estar basada en una declaración ficticia, sino en un hecho real que ha sido producto del poder de su Palabra. La justificación “no es solamente un acto judicial por el cual libra de la condenación. No es sólo el perdón por el pecado. Es también una redención del pecado” (*El discurso maestro de Jesucristo*, 97). Me encanta la forma en como el pastor E.J. Waggoner describe lo que la Palabra divina hace en la vida del pecador cuando es justificado por la fe. Veamos: “Cuando Cristo nos cubre con el manto de su propia justicia, no provee una cubierta para el pecado, sino que quita el pecado. Y eso muestra que el perdón de los pecados es más que una simple forma, más que una simple consigna en los libros de registro del cielo al efecto de que el pecado sea cancelado. El perdón de los pecados es una realidad. Es algo tangible, algo que afecta vitalmente al individuo. Realmente lo absuelve de culpabilidad, y si es absuelto de culpa, es justificado, es hecho justo: ciertamente ha experimentado un cambio radical. Es en verdad otra persona” (*Cristo y su justicia*, 57).

Ya notamos que Dios es digno de ser adorado porque él, mediante el poder de su Palabra, es nuestro Creador y Redentor. Ahora, es menester que nos preguntemos: ¿cuál es la adoración que Dios acepta? El mensaje del primer ángel nos insta así: “Adorad al que hizo”, pero ¿de qué forma hay que adorarlo? Notemos a continuación la respuesta que la mensajera del Señor da en sus escritos a esta importante pregunta: “El primer ángel exhorta a los hombres a que teman al Señor y le den honra, y a que le adoren como Creador del cielo y de la tierra. Para poder hacerlo deben obedecer su ley... Sin obediencia a sus mandamientos, ninguna adoración puede agradar a Dios” (*El conflicto de los siglos*, 432). La única adoración que Dios acepta es la de un corazón que obedece la ley mediante la fe de Jesús. ¿Cómo se logra una obediencia tal? Esto solamente es posible cuando dejamos a un lado nuestra inútil ansiedad por salvarnos a nosotros mismos, y abrazamos la hermosa promesa del nuevo pacto que nos dice: “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón” (Jeremías 31:33). ¿Lo notaste? La obediencia no es tu obra sino la obra de Dios en ti. Es lamentable decirlo, pero es posible ofrecerle a Dios un culto litúrgicamente correcto que cumpla con los principios del orden y la decencia, y a la vez no estarle adorando. De hecho, esa fue la triste realidad del Israel de antaño: “Este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado” (Isaías 29:13). ¡Cuántos viven engañados, pensando que están adorando a Dios mientras le ofrecen una obediencia que está construida sobre la base de las frágiles promesas que caracterizan al antiguo pacto: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos” (Éxodo 24:7)! ¡Cuántos se felicitan a sí mismos porque, al igual que Caín, no se aferran a los méritos del “sacrificio indicado”, sino que se aventuran “a depender de sus propios méritos” trayendo lo que ellos pueden dar

mediante su esfuerzo y no lo que Dios anhela impartirles! El legalismo que adolecen los ha infatuado con el pensamiento “que la humanidad no necesita redención, sino desarrollo, y que ella puede refinarse, elevarse y regenerarse por sí misma” (*Patriarcas y profetas*, 53). Te pregunto: ¿será posible adorar al Creador cuando tu mente carnal abraza con fuerza la falsa idea de que la obediencia es tu parte en el pacto, y que los mandamientos son ordenes frías que debes cumplir en vez de “diez promesas seguras” (*Dios Nos Cuida*, 231)? ¿Aceptaré Dios la adoración de alguien que se resiste a creer que el poder creativo de la Palabra da al hombre un nuevo corazón y lo hace obediente a todos sus mandatos (Ezequiel 36:27)?

¡Oh Dios, cuánto anhela mi alma adorarte “en espíritu y en verdad” (Juan 4:23)! Si ese también es tu más profundo deseo, es necesario que reconozcas que tu adoración solamente será aceptable delante del Señor cuando digas como David: “Todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos” (1 Crónicas 29:14). Este sublime pensamiento, motivará a cada adorador a acercarse a Dios elevando la siguiente oración: “Señor, acepta la música que te tributamos, pues tú nos diste la inspiración para componerla, la habilidad para ejecutarla instrumentalmente y la voz para cantarla. Señor, acepta nuestro servicio que no es otra cosa más que una manifestación del amor ágape con el tú has llenado nuestros corazones. Señor, acepta la obediencia que te presentamos, no la nuestra, porque está contaminada con egoísmo, sino la obediencia que recibimos como una dádiva del cielo y que es una manifestación de la fe de Jesús. Señor, todo lo que tenemos viene de ti. No podemos darte nada más que eso, tus dones son lo único que tenemos para ofrecerte. Consume nuestra autosuficiencia y despójanos de nuestro yo débil y orgulloso, para que la gloria de Cristo se refleje en nosotros, y podamos vivir para tí”

Autor: Oscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=766352821599241&set=a.590705622497296>